

Padre Rhoel Gallardo cmf

La isla de Basilan tiene una larga historia de disturbios y terrorismo. Varios sacerdotes, religiosos y laicos han sido secuestrados en el pasado. El 14 de febrero de 1999, un grupo de cinco catequistas de la parroquia de San Vicente, en Tumahubong, sufrió una emboscada cuando se dirigía a asistir al retiro cuaresmal de la prelatura. Será en este peligroso lugar donde el P. Rhoel D. Gallardo, CMF, un misionero de 34 años que apenas lleva seis de sacerdocio, tendrá su destino misionero como párroco de la misma parroquia y como director del Colegio Claret de Tumahubong.

Las amenazas contra la paz y la seguridad en la pequeña comunidad de Tumahubong habían circulado antes de aquel inolvidable día de secuestro que llevaría al sufrimiento de muchos y a la pérdida de la vida de unos pocos. Fue en la mañana del 20 de marzo de 2000, cuando un grupo de miembros fuertemente armados del grupo terrorista Abu Sayyaf irrumpió en el Colegio Claret de Tumahubong, Basilan, y en otras tres escuelas públicas de la zona, tomando como rehenes a alumnos, profesores y al P. Rhoel D. Gallardo, CMF. Los llevaron al campamento Abdurazzak de Abu Sayyaf, en las montañas de Sumisip, Basilan, caminando y corriendo durante ocho horas hasta llegar al lugar.

En esos 43 días de calvario, el P. Rhoel se mantuvo firme como buen pastor ante sus compañeros de cautiverio, implorándoles que se aferraran a su fe en medio del lavado de cerebro de Abu Sayyaf. Un día después de su cautiverio, el líder de Abu Sayyaf llamó al padre Rhoel para interrogarlo. En la entrevista, que duró casi tres horas, el líder habló sobre todo del Islam. Entre las exigencias del grupo estaba la retirada de las cruces de Basilan.

Debido a la constante indagación del P. Rhoel sobre la situación de otros cautivos, especialmente la profesora desaparecida durante varios días, se le impusieron "medidas disciplinarias". El padre Rhoel fue sacado de la celda, esposado y maltratado por cuatro miembros de Abu Sayyaf. Le esposaron las manos. Estaba ensangrentado y tenía la cara hinchada.

El P. Rhoel también fue castigado por dirigir a sus compañeros en el rezo del rosario en voz alta. Los extremistas musulmanes les ordenaron que se callaran o matarían al sacerdote y al resto de los rehenes varones. Para no contrariar a sus captores, el padre Rhoel sugirió que rezaran en voz baja. Le preocupaba mucho el bienestar de los niños y de los demás. Durante todo el calvario, el P. Rhoel fue una fuente de fortaleza y ánimo, y nunca se quejó de la comida ni de la dificultad de su situación.

El 28 de abril, una semana después de que los militares iniciaran su ofensiva, Abu Sayyaf abandonó el campamento junto con el resto de los cautivos para escapar de los ataques militares. Mientras bajaban, se ató una cuerda a la cintura y llevó el cañón de la ametralladora del calibre 50. El P. Rhoel estaba en primera línea. En los cinco días siguientes, los rehenes sufrieron penurias extremas.

La última prueba ocurrió en la tarde del 3 de mayo. Se iniciaron ráfagas de disparos en ambos bandos, el militar y el de Abu Sayyaf. El padre Rhoel, que estaba atado de manos

con otro rehén, sufrió tres heridas de bala en la cabeza, el hombro y la espalda. Los investigadores y los médicos forenses confirmaron que fue torturado antes de ser asesinado y que le quitaron las uñas de los dedos de los pies dos o tres días antes de que le dispararan a quemarropa.

Mirando hacia atrás...

La estancia misionera del P. Rhoel en Basilan fue corta, pero aquellos días pasados como pastor de Tumahubong fueron la realización de un sueño como misionero claretiano. Lo que escribió en su solicitud para la profesión perpetua expresaba su deseo de ser misionero claretiano hasta la muerte y cómo valoraba Basilan. Decía: "Mi inmersión pastoral en Basilán el año pasado me hizo experimentar concretamente nuestra vida y misión testimonial y evangelizadora entre los pobres (así como) la presencia de nuestra comunidad en el diálogo de vida y fe con nuestros hermanos y hermanas musulmanes. Estas experiencias se han convertido para mí en un verdadero reto para ser un misionero comprometido y un testigo activo del amor liberador de Dios por la humanidad... consciente de que nuestra vida y misión exigen una entrega total de nosotros mismos para mayor gloria de Dios y salvación de la humanidad".

Cuando llegó el momento de entregarse totalmente a las exigencias de la vida y misión claretianas, el P. Rhoel no abandonó su rebaño y optó por estar al lado de los que sufrían. La oración que ha escrito antes, "Oh Señor, vence mis temores con fe y confianza en ti", debe ser la gracia que le sostuvo. El Sr. Reynaldo Rubio, el director de la escuela que estuvo con el P. Rhoel, durante el cautiverio, se dio cuenta de cómo el misionero había tenido el momento de oración de su vida en aquellas semanas en Punoh Muhadji. Atestiguó: "La mayor parte del tiempo rezaba solo y con fervor. No oímos al P. Rhoel quejarse. A veces se saltaba las comidas. Dormíamos juntos. Parecía optimista de que todo iría bien a pesar de la tensa situación". Como compañero cercano del P. Rhoel en aquellos días de cautiverio. El Sr. Rubio tiene la convicción de que el P. Rhoel murió con una misión y con una causa, un hombre de pocas palabras y entregado a su labor misionera.

La vida y el martirio del P. Rhoel son el testamento de un verdadero hijo del Inmaculado Corazón de María, que abraza los sacrificios y se regocija en los tormentos. Es una inspiración para vivir fiel y gozosamente nuestra vida misionera. Aquel año de su martirio, en el año del Jubileo 2000, el Superior General de la Congregación Claretiana, P. Aquilino Bocos Merino, CMF, dio un mensaje inspirador a sus hermanos claretianos de Filipinas. Dijo: "El testimonio de Rhoel es la lámpara que hay que mantener viva con el fuego de la caridad y el amor a la gente y a la Iglesia en Basilan. Rhoel nos recuerda con su muerte que el reino de Dios sufre violencia y que sólo los que tienen valor pueden cooperar en su crecimiento."